



MUY CAPACITADOS

SANDRA MORERA, ISABEL PALOMEQUE Y XAVIER MANDICÓ TIENEN DOS COSAS EN COMÚN: LOS TRES SUFREN ALGÚN TIPO DE DISCAPACIDAD Y LOS TRES TIENEN TALENTO. SANDRA, PARA MANEJAR LA PALETA DE COLORES; ISABEL, PARA EXPRESARSE MEDIANTE LA DANZA; XAVIER, PARA MEJORAR LA VIDA A TRAVÉS DEL DEPORTE. QUIEREN SER NORMALES, PERO SON MÁS QUE ESO: SON EXTRAORDINARIOS

TEXTO IMMA MUÑOZ



FOTO MARC VILA

SANDRA MORERA

La singular inteligencia de ilusionar a las piedras

SANDRA MORERA TIENE 37 AÑOS y un grado indeterminado de deficiencia, muy difícil de evaluar por el elevado número de incapacidades que presenta. La causa de todas ellas fue una anoxia de parto. Cuando Sandra era un bebé, su madre, Anna Vila, recibió una noticia terrible: su hija no respondía a ningún estímulo, no desarrollaba ningún reflejo, y nunca podría hacer nada. Nada. “Me dijeron que sería como un vegetal –explica Anna–, que poco se podía hacer”. Pero menuda es Anna cuando se pone. Y menuda es Sandra. Anna es enfermera de profesión, escritora de vocación y fotógrafa por amor de madre. Sandra es una cabezota de mucho cuidado que a lo largo de su desarrollo ha roto barreras impensables en sus primeros años de existencia y que, entrada ya en la treintena, ha demostrado un maravilloso talento para insuflar vida a la piedra a través del juego de colores, texturas y composiciones.

Ya lo aventuró el poeta y traductor Feliu Formosa en *Los hijos diferentes crecen*, el libro que Anna Vila escribió en 2004 para explicar cómo evolucionaba Sandra y cómo era vivir con ella, después de haberse iniciado en la literatura en 1991 con *Tengo una hija deficiente*. “Pienso que, muy en el fondo de Sandra, existe una inteligencia que no ha podido manifestarse”, decía Formosa, que, además de ser una de las voces destacadas de la literatura catalana, es el segundo marido de Anna y conoce a Sandra desde hace 30 años.

Y TENÍA TODA LA RAZÓN. Contra todo pronóstico, hasta ese momento Sandra, que no habla porque es sorda (aunque nadie lo diría viendo cómo sigue las conversaciones, la atención con la que mira a su interlocutor, cómo le sonrío, cómo refuerza con gestos las palabras del otro), había aprendido a comunicarse mediante una adaptación básica de la lengua de sordos y a completar las lagunas de esa sencilla herramienta con el uso de un bloc en el que, en forma de pictogramas, figuraban palabras y conceptos más complejos. Además, había aprendido a manejar un ordenador →



COLORES QUE HABLAN

La editorial Meteora publicó en 2009 este precioso libro con una selección de las fotografías de Anna Vila. En ellas, las piedras de Sandra brillan en diversos escenarios naturales. Las imágenes van acompañadas de unos haikus escritos en catalán por Feliu Formosa, que dialoga con las piedras y con Sandra para aventurar qué pretendía expresar ella en cada una de sus creaciones.

→ al que habían incorporado varios programas adaptados a sus necesidades. Su hermano, Joan, tenía uno, y ella no iba a ser menos. Toqueteando esa máquina, con una concentración y una perseverancia asombrosas en una persona de sus limitaciones, aprendió incluso a jugar al solitario. Sola, sin ayuda de su madre. Es más: fue Sandra quien enseñó a Anna de qué iba ese juego de cartas.

A través de la imitación, Sandra ha conseguido hacer lo que muy poca gente apostó que un día haría. Sandra *habla* por teléfono, *escribe* cartas y postales a sus amigos y últimamente hasta discursos, que después pronuncia, con gran despliegue de sonidos guturales, en las inauguraciones de sus exposiciones. Porque, también gracias a la imitación, Sandra expone. Bueno, gracias a la imitación y a ese inusual talento insuflador de vida del que hablábamos.

UN DÍA, EN ALTAFULLA (Tarragona), donde veranea desde hace muchos años, Sandra empezó a pintar los cantos rodados que encontraba en la playa. “En el pueblo había niños que hacían manualidades y luego montaban tenderetes y las vendían. Suponemos que ella quiso hacer lo mismo”, explica Anna. De modo que Sandra empezó a acumular piedras coloreadas sin más objetivo que entretenerse. Hasta que, en 2007, una lente reveló que ahí había algo más. “Cuando Sandra hace algo que le gusta, siempre me pide que le haga una foto. Así que fotografié las piedras, y cuando vi el resultado pensé que su trabajo de color y composición estaba realmente bien. Entonces empecé a buscar fondos para sus creaciones, a fotografiarlas integradas en el entorno”. El resultado fue tan magnífico que Sandra y su madre pudieron exponer su obra conjunta en localidades como Igualada y Cervera. “Es curioso: yo jamás habría imaginado que sería capaz de hacer fotos artísticas”, sonríe Anna.

Pero si algo no había pensado era que su hija llegaría hasta donde ha llegado: a exponer en



galerías de Catalunya y hasta en el Museo del Joguet de Figueres, a vender sus piezas en mercadillos de artesanos y hasta a ver su nombre en un libro de fotos y poemas en el que ha participado toda la familia. “Si alguien me hubiera dicho algo así hace años, le habría respondido que estaba loco. Pero ahora me he dado cuenta de que nada es imposible. Hemos llevado a cabo un proyecto común, los tres al mismo nivel: Feliu con los textos, Sandra con su pintura y yo fotografiando. Y no lo hemos hecho porque ella sea deficiente: yo tengo amor de madre, pero si lo que ella hace no fuera bueno, yo no me habría embarcado en todo esto. A mí no me gusta hacer el ridículo”. Y no lo hace: los tres dan una lección de vida que, como el trabajo de Sandra, devuelve la ilusión a las piedras.

TALENTO SIN PALABRAS

Es imposible saber a ciencia cierta qué le aporta a Sandra pintar porque jamás lo podrá expresar con palabras. Anna sólo sabe que su hija disfruta en las exposiciones y en las ferias de artesanos a las que acuden con su tienda portátil a vender las piedras, las fotos, los puntos de libro, las camisetas y los collares que hacen con piedras pequeñas. Frecuentan la de Altafulla y la de Igualada, donde Sandra nació, aunque la familia se trasladó a Barcelona cuando ella tenía 5 años. “Le gusta que la gente, atraída por el color, se acerque a ver su trabajo. Y también relacionarse con los otros artesanos, que la tratan como a uno más”. Su última exposición se inauguró el pasado día 12 en el centro Fotoespai, en Barcelona.